

Arzobispo D. Fr. Juan de Zumárraga, en la cual, juntos los provinciales y preladados, determinaron dar orden, y le dieron, para que todos los religiosos de las tres órdenes de N. P. San Francisco, Santo Domingo y San Agustín, tuviesen uniformidad, así en las cosas esenciales tocantes á la conversión, administración y reformatión de los naturales, como en el ceremonial, porque no se turbasen los indios viendo que unos ministros administraban los santos sacramentos unos con más y otros con menos ceremonias, y por quitar las diferencias que había habido sobre la solemnidad del bautismo. Estas juntas se hacían ya en un convento, ya en otro de las dichas órdenes, y los religiosos que estaban en las doctrinas y pueblos de los indios, proponían las dificultades que se les ofrecían y daban arbitrios en lo que les parecía más conveniente, y los que estaban en la junta, resolvían lo que les parecía mejor y más necesario, y habiéndolo sabido el Sr. arzobispo D. Fr. Juan de Zumárraga, le pareció muy bien é importante y se quiso unir también con la junta para que toda aquella iglesia mexicana tuviese una unión, ya fuese administrada de religiosos, ya de clérigos, con que de allí adelante las juntas se hicieron en la casa del Sr. arzobispo, resultando de la dicha unión grandes aumentos y bien á toda la iglesia mexicana.

Nuño de Guzmán ya se sabe por esta historia en lo que paró. El Lic. de la Torre, que fué el siguiente, murió de una caída de un caballo.

El capitán Gonzalo López de Cárdenas murió desastradamente, habiendo descubierto el río del Tizón, y ahora últimamente, ya se ha visto en el capítulo pasado, de la manera que murió el adelantado D. Pedro de Alvarado.

CAPITULO CXVI.

En que se trata cómo habiendo muerto D. Pedro de Alvarado, se vieron los vecinos de Guadalajara en mucho trabajo con los indios, y de cómo el gobernador Cristóbal de Oñate valerosamente defendió la ciudad y dió aviso al v. rey de la muerte de Alvarado y del trabajo en que estaban.

Año de
1541.

Así que murió D. Pedro de Alvarado, viendo el gobernador Cristóbal de Oñate el mal estado en que estaban las cosas de la guerra, porque de la gente que trajo el adelantado, habían muerto los treinta, y él con ellos, y que los setenta que quedaban querían irse, y no quedaban en la ciudad sino veinticinco de á caballo y de á pié, mandó á los setenta que si se habían de ir, se declarasen, y que si no, que quedasen debajo de su mando y gobierno, porque él con los vecinos que tenía en la ciudad, bastaban hasta que el virrey enviase socorro con Diego Vásquez; que no se le daba nada que quedasen por ser muy bizoños en la guerra. Y así que el gobernador mandó esto, se fueron casi todos los más á las fronteras, que no quedaron sino muy pocos; pero esos buenos soldados, los cuales fueron: Antonio de Aguiar, Diego Delgadillo, Juan de Bellosillo, Juan Cantoral, Francisco de Batidor, Diego de Batidor, Cristóbal de Estrada, Alonso de la Vera, Juan de Virrierza y su hijo Tomás de Virrierza, Pedro Rodriguez y Pedro de Céspedes; y éstos quedaron por tener hermanos y deudos en la ciudad y ser de una tierra, con los cuales, y con los vecinos, había treinta y cinco soldados, y viendo el gobernador las cosas cómo habían sucedido, envió un correo al virrey á darle aviso de la muerte del adelantado Alvarado, y de la rota de su campo, y cómo en la mayor necesidad le habían dejado los soldados del adelantado y ídose á las fronteras, y que tenía entendido que los capitanes de ellas las habían de desamparar y irse, y que suplicaba á S. S. los detuviese, porque si se fuesen, sería la total

destrucción de la Nueva España, porque los enemigos estaban muy triunfantes, y que si entendiesen que los capitanes se iban de las fronteras, cobrarían más ánimo y se alzarían los que no lo habían hecho, y que de continuo esperaban los indios en la ciudad y se velaba.

Y habiendo dado aviso al virrey, tres días después, entró Diego Vásquez con el socorro que fué á pedir, por fin de julio del año de mil y quinientos y cuarenta y uno, con cincuenta hombres de á caballo, y por capitán de ellos á Juan de Muncivay, un hidalgo muy honrado, y con su llegada se alivió la pena que causó la ida de los de Alvarado. Recibiólos el gobernador muy bien, y hízolos hospedar con los vecinos de la villa, y el virrey le escribió el socorro que le enviaba, y que si fuese menester más y su persona, lo enviaría y vendría, y que viviese con mucha vigilancia y buen orden en todo, y no se descuidase un punto, y otros avisos que en semejantes casos se requieren.

Llegó la triste nueva de D. Pedro de Alvarado al virrey, y sintiéndola grandemente, avisó á Guatemala, y cómo los enemigos estaban tan prósperos y soberbios con las victorias que habían tenido, y se iba todo lo que estaba de paz cada día levantando, temiéndose que con la muerte del adelantado y viendo que faltaba un capitán á quien tanto temían los indios, que temblaban de oír su nombre en toda la Nueva España, porque le tenían por inmortal, y que los indios de México, con la nueva que tuvieron de que era muerto el sol, (que así llamaban á D. Pedro de Alvarado por las grandes victorias que de ellos alcanzó), tuvieron algunas alteraciones y hicieron algunas asomadillas de guerra, alegando que pues el capitán más valeroso que tenían los castillas, era muerto por los tochos y caxcanes, villanaje de los mexicanos, á quienes su dios cuando los guiaba, para darles las tierras que les tenía prometidas en el puesto donde poblaron la ciudad de Tenochtitlán, que ahora es México, segregó de los pulidos mexicanos, y los pobló en los valles de Tlaltenango, Xuchipila, Nochistlán, Teocaltech y Teul, con todas sus jurisdicciones y comarcas, que ellos eran

más valientes guerreros y más diestros: debían consumir los españoles y echarlos á España; y vistas por el virrey tantas alteraciones, procuró con diligencia y maña sosegar estos rumores, y habiéndolos quietado, determinó salir en persona de la ciudad de México á cortar la raíz del mal que padecían los cercados y del daño y ruina que amenazaban, para lo cual tocó cajas y alistó quinientos españoles de á pié y á caballo, (en que iban la flor y nobleza de la Nueva España), queriendo ir con él casi toda la ciudad á esta jornada; y asimismo sacó diez mil indios amigos mexicanos, y estando en esto, envió correos á todas las fronteras á donde D. Pedro de Alvarado había puesto presidios y capitanes, mandándoles no hiciesen mudanza hasta que él otra cosa ordenase, y que la armada se estuviese en el puerto y no saliese de allí; y así lo hicieron.

Viendo el capitán Oñate que tenía ochenta y cinco hombres con los que trajo el capitán Muncivay, y que tenía número bastante para defenderse de los enemigos si viniesen, que ya tenía noticia seria para todo septiembre, y que toda la tierra se concertaba para ir sobre la ciudad, y que los que trataban más de ésto, eran los del río y valle de Xuchipila hasta Xalpa, y los del valle de Tlaltenango de cabo á cabo, y el valle de Nochistlán, y la nación tecuex, de Mitic, Acatic, valle de Tlacoatlán y Barrancas, y que todos confederados trataron para que no se les fuesen los españoles, con los caciques de Matatlán, tomasen la mano y procurasen que se alzase el pueblo de Atemaxac y al de Tonalán y al de Ichcatlán, que está en el paso del río, para que los españoles no se les pasasen hacia Compostela, y que el cacique de Matatlán, guardando el orden que le dieron, fué al pueblo de Tonalán y les dijo se alzasen, porque de esta suerte acometerían los caxcanes á la ciudad, y yéndose á favorecer de ellos los españoles, allí los acabarían y quedarían libres y señores, y que los de Tonalán, habiendo oído estas razones, dijeron no querían ser en ello porque los españoles eran sus amigos, y que no les cuadrando cosa de la respuesta, fueron los embajadores al pueblo de Atemaxac y trataron el caso con un cacique que se llamaba D. Juan de Saave-

dra, el cual los recibió muy bien y dijo se haría como lo ordenaban; de allí fueron al pueblo de Tequizistlán y Copala, y habiendo tratado el caso con ellos, vinieron en lo que decían; pero viendo que estos no eran bastantes para coger á los españoles en el río, y que esto consistía más en los indios de Ichcatlán, fueron y trataron el negocio con el cacique, y luego vino en ello, y sabido lo que pasaba por otro indio, que se llamaba D. Francisco Ganguillas, por ser muy tartamudo y ganguear un poco cuando hablaba, se fué al cacique y le dijo: que qué era lo que había hecho en dar palabra de alzarse contra los españoles; que él y los demás del pueblo no querían ser en tal conspiración, que mejor era que prendiesen á los de Matatlán y los llevase al gobernador Oñate, que estaba en la ciudad, tres leguas del pueblo, y el cacique se enojó de ello y dijo que no se tratase cosa alguna, y después D. Francisco Ganguillas emborrachó á los mensajeros de Matatlán, y los prendió y maniató, que eran treinta, y con cien indios de guarda, los llevaron presos á la ciudad, y á la entrada, viendo los españoles escuadrón de indios armados, entendiendo que los enemigos venían, algunos de á caballo salieron á ellos, llevando por caudillo á Francisco Delgadillo, y conocieron ser los indios de Ichcatlán, y Francisco Delgadillo preguntó al indio: "¿qué es esto, D. Francisco?" y él respondió: "Señor, aquí traemos presos estos indios de Matatlán, porque nos venían á insistir nos alzásemos y tomáramos el paso del río, para mataros allí, y porque nosotros no lo hemos de hacer, los traemos aquí; treinta son, sabed la verdad y haced justicia."

CAPITULO CXVII.

En que se trata de la justicia que el gobernador Cristóbal de Oñate mandó hacer de los indios del valle de Tonalán que se conspiraron contra los españoles.

Año de
1541.

Llevaron los treinta indios al gobernador, el cual hizo todas las diligencias posibles por averiguar la causa, y ellos confesaron ser así, y dijeron en sus confesiones el día que habían de ir á la ciudad los enemigos, y cómo el cacique de Atemaxac, Saavedra, y el de Copala y Ichcatlán y Tequisistlán eran en ello, y mandó ahorcar y hacer cuartos á los treinta, y esta justicia se hizo á seis de septiembre del año de mil y quinientos y cuarenta y uno, y luego envió á Atemaxac y á los demás pueblos por los culpados, y habiéndolos traído, luego confesaron su delito y traición, y mandó hacer justicia de los caciques, con que se supo el cuando los enemigos habían de dar en la ciudad, y cómo venía toda la tierra á quemar á los españoles, lo cual, entendido por el gobernador LLAMÓ á todos los vecinos, alcaldes y regidores á cabildo abierto, y estando juntos, les dijo: "Señores, para lo que he llamado á V. Ms., es para que tratemos de nuestra defensa y remedio; ya V. Ms. han visto los rebatos, batallas y victorias que han tenido los indios nuestros enemigos con nosotros, y que están muy altivos y soberbios por estar acostumbrados á conseguirlas; tengo para mí que vendrán á esta ciudad contra nosotros en todo el mes de septiembre, porque así me lo han dicho, ó para el principio de octubre, y que el no haber venido antes, ha sido por las aguas. Paréceme que estamos ya en el mes y que será bien que todos, se aperciban, porque esta villa no se destruya y perezcan mujeres y niños sin poderlo remediar, y todos nosotros, que aunque algunos escapemos, sería gran mal para toda la Nueva España. No sé qué otro reparo se haga, pues somos tan pocos para tan-

ta multitud de gente enemiga, si no es fortalecernos muy bien hasta que venga el Sr. Virrey, de manera que nos sustentemos si nos cercaren, pues su venida sé cierto será breve, y cuando nos cerquen, no será el cerco tan largo que nos ha de faltar socorro, porque le tendremos con más brevedad de lo que pensamos; ayudémonos los que estamos y hagamos de nuestra parte lo que conviene, hasta que Dios provea de su misericordia; y irnos á Tonalán no lo tengo por acertado, porque tan grandes perros son los unos como los otros, y estando entre nuestros enemigos, no tenemos de quien fiarnos, sino de nuestro padre Dios, y pues en esta ciudad hay muy buenas casas, escójase la mejor ó la que fuere menester, y hágase una casa fuerte con sus troneras, y con la artillería que hay, se defiendan las cuatro calles, que con que se pongan los cuatro tiros de artillería en las troneras, cada dos, se defenderá la casa fuerte hasta que el virrey venga” Y luego mandó que se hiciese, y luego cogieron las casas del capitán Juan del Camino con otras que eran de Juan de Castañeda y otras del capitán Diego Vázquez, y las incorporaron y hicieron una cuadra á un lado de la plaza y hicieron un gran patio adentro, y alzaron las paredes de adobe fuerte tres tapias en alto, y por dentro pusieron sus barbancas de madera para desde allí pelear los soldados y indios amigos naboríos que tenían, con sus pavesadas de vigas fuertes, y á las dos esquinas de la casa fuerte, hicieron dos torres con sus troneras, que cada una guardaba dos calles y cogían toda la casa, con que se vino á hacer un fuerte al parecer bastante.

Prevenido esto, se recogió la pólvora que había, que sería hasta dos barriles nomás, y mandó Oñate se pusiesen las torres, y mandó aderezar la artillería y poner do había de estar, y que el Br. Bartolomé de Estrada, que estaba allí por vicario, y Alonso Martín, cura, tomasen á su cargo el encomendarlos á Dios con muchas veras y hacer procesiones y plegarias en la iglesia para que Nuestro Señor los librara de tan gran furia de los enemigos como venían á consumirlos y acabarlos, para lo cual se confesaron y comulgaron todos con muchas lágrimas y

devoción, y cada día hacían procesiones en la iglesia pidiendo y suplicando á Nuestro Señor y á su Madre bendita les librase de la ruina que esperaban, porque cada día tenían nuevas que venían los enemigos.

Es muy de ponderar cuáles estarían los pobres españoles y mujeres viéndose sin socorro si no el de Dios, y aquellos pocos que allí estaban para tantos enemigos como esperaban y que venían á destruirlos; pero como era tan prevenido, el gobernador Cristóbal de Oñate, mandó que de noche y de día hubiese guarda de soldados y gente de á caballo, así en la villa como por los caminos para ver si los enemigos venían. Hechas estas prevenciones de buen capitán y valeroso, que cierto lo era y muy cabal en todo, eso les valió, como adelante se dirá. Los indios que tenían de servicio, que iban por leña para guisar de comer y yerba para los caballos, dijeron que los indios del pueblo de Tlacotlán, que era de tres mil, se lo impedían y les amenazaban que si llevaban leña y yerba á los españoles, los habían de matar. Estaba este pueblo una legua de la ciudad y confiaban en él los españoles en la rota que esperaban, en el cual se hacía un gran mercado, y de ordinario los soldados iban á él á pié y á caballo para comprar lo que habían menester; pero sabido por el gobernador, mandó que de allí adelante fuesen armados con recato y viesen lo que pasaba; y habiendo ido los soldados al pueblo y mercado, no hallaron persona en él, antes le vieron despoblado, y andando por el pueblo, encontraron con un indio de los naboríos, que les dijo: “Señores soldados, ¿qué buscáis? Mirad que no hallareis á nadie, porque todo este pueblo se ha alzado y se ha huido toda la gente, y á mí me prendieron porque cogía yerba para llevar á la ciudad, y queriéndome matar, mandó un cacique no me matasen y me dejasen ir, pues presto yo y mis compañeros y los españoles á quien servimos, lo pagarán todo por junto.” Los soldados llevaron al indio á la ciudad porque no lo matasen y dieron noticia al gobernador de lo que en Tlacotlán pasaba, y habiéndolo sabido y la mala señal que era haberse alzado el pueblo de Tlacotlán, dijo á los vecinos de la ciudad: “Señores, muy

mala nueva es esta; Tlacotlán alzado, siendo nuestros amigos y en quien confiábamos, presto tendremos las manos en la masa; no haya descuido y estemos con más recato, que estas son vísperas de nuestro bien ó mal." De esta plática resultó doblada pena y tan grande llanto en las mujeres y niños, que era lástima, y el gobernador, no sosegando, mandó poner mucha guarda, y llegó á tanto el temor, que las mujeres, sin ser menester, velaban rezando y suplicando á Dios les sacase del trance en que estaban, que visto era para quebrar el corazón.

CAPITULO CXVIII.

En que se trata de las nuevas que tuvo el gobernador Cristóbal de Oñate, de que todos los indios conspirados venían sobre la ciudad víspera de San Miguel, y de la batalla y victoria que tuvieron los españoles por los milagros que Nuestro Señor hizo en su favor.

Año de
1541.

Habiendo puesto el gobernador todas las cosas en orden con grande apercebimiento, hizo alarde de su gente y armas, y allí les hizo una plática á todos para que estuvieran advertidos en lo que convenía hacer en tal ocasión, y mandó que con los indios que iban por leña y yerba, fuese gente de á pie y á caballo haciéndoles escolta, y por caudillo de ellos señaló á Pedro de Plascencia; y víspera del Señor San Miguel, del año de 41, habiendo salido Pedro de Plascencia con la gente á coger leña y yerba para hacer su guarda, se puso en lo alto con los españoles y vieron y divisaron que los valles, montes y campos venían cubiertos de indios enemigos á cogerles la entrada y salida de la ciudad y á meterse y ganarla, porque no tenía más que una entrada, que todo lo demás es peña tajada sobre el Río Grande; y visto por Pedro de Plascencia y su gente, se retiraron afuera llevando á los indios amigos que habían ido

por la leña y yerba. Venían por detrás los enemigos sin hacer ruido por no ser sentidos, y cuando bajó Plascencia por el otro lado hacia la ciudad, vió más multitud de gente y más sin número de la que había visto, que venían de hacia Xuchipila llamándose para meterse en la ciudad, que estaban de ella media legua; y á cuarto de legua Pedro de Plascencia, que llegó con toda la gente á la ciudad, á todo correr á las nueve de la mañana, por decir al gobernador como venían tantos indios sobre la ciudad, que era grima. Cuando Plascencia llegó diciendo: "¡Arma! ¡arma, Sr. Capitán!" halló que toda la gente estaba en misa y entró á caballo á dar la nueva, y como le oyeron apellidar ¡arma! ¡arma! las mujeres y niños comenzaron á llorar y á desmayarse algunas. Mandólas el gobernador callar, y no queriéndolo hacer, se levantó la mujer de Juan Sanchez de Olea, que fué de grande ánimo y esfuerzo, y se llamaba Beatriz Hernández, y dijo al gobernador: "Señor, haga V. S. su oficio de buen capitán; acábase la misa, que yo quiero capitanear á estas señoras mujeres." El gobernador acudió á que acabasen la misa, y luego sacaron el Santísimo Sacramento y le consumió el Br. Bartolomé de Estrada, y sacaron algunas imágenes y dejaron otras en los altares, y luego el gobernador mandó tocar á recoger y se juntó toda la gente, y la Beatriz Hernández sacó á todas las mujeres de la iglesia, que estaban desmayadas, diciendo: "¡Ahora es tiempo de desmayos!" y las llevó á la casa fuerte y las encerró.

Traía esta señora un gurguz ó lanza en la mano y andaba vestida con unas coracinas ayudando á recoger toda la gente, animándoles y diciéndoles que fuesen hombres, que entonces verían quien era cada uno, y luego se encerró con todas las mujeres y las capitaneó, y tomó á su cargo la guarda de la puerta, puestas sus coracinas, con su gurguz y un terciado colgado de la cinta. El gobernador subió en su caballo para recoger toda la gente, que estaba fuera de la casa fuerte, así soldados como indios é indias de servicio, y niños, y los encerró, y él con ellos, con todas sus armas y caballos.

Hecho esto, habiendo quedado todas las más casas de la ciudad